Aviatrices

Rogervan Rubattino

Capítulo 1

Los Cielos de Catania

Volé sobre los cielos de Catania y pensaba en ella sin darme cuenta del cenit, de la risa del viento depurándose en mis motores, en el acero sonriendo al sol bajo un rocío adulador.

Volé para no pensar, ni sentir esa brisa artificial conmoviendo los pétalos metálicos de mi fuselaje, y rebasar los meridianos en silencio como, si en medio bosque de cirros, se borrara mi memoria para siempre.

Allende en las alturas se divisa el mar como una alfombra minúscula llena de estrellas parcas, los tonos del azul de hacen infinitos y el sonido de los controles se confunde con la respiración agitada.

-Me pareció pues dibujar sus sienes con un barrido tenue de cizalladuras-

Sí, ella estaba otra vez allí, convirtiéndome en un pulso atónito del horizonte, desfragmentándome en destellos de cielo, hechos de raudos jirones. Inconmovible.

Volé pues para evitar el cadmio, las cadencias del aire, en una eternidad sin lámparas de vapor de mercurio…

***

Desde pequeña siempre quiso volar, las clases en el colegio no le entusiasmaban, y perdía el tiempo dulcemente entre modelos de papel que iban a parar como quimeras heridas en el fondo de algún pozo o zanja del parque.

Por eso cuando tuvo oportunidad se enlistó, se olvidó del barrio añejo y soso que le vio crecer y a nosotros también nos olvidó, como quien ve pasar el lunes luego del domingo y no se irrita. Como quien ve las hojas caer en un tierno vaivén.

Al principio contestaba todas mis cartas, luego alguna, pasado casi un mes, y cuando no tenía más remedio regresaba a casa, como una desconocida, que no sabe ni usar un tenedor en la mesa.

No le conocí amores, ni otras inclinaciones, ni aptitudes diferentes a perder sus pupilas en las alturas…seguramente de no haber estallado la

guerra, no sería ella, no le hubieran aceptado y continuaría a nuestro lado haciendo sus sueños volar… en sus modelos de papel…

***

Capítulo 2

******

Aquí no tengo esperanzas de volverte a ver con los ojos cerrados y brillando de ausencia,

Por eso tras el mismo fuselaje de los ángeles de acero me lleno de mantos de umbrías, y en la anatomía de las nubes ahogadas en música de una tormenta lenta, se deshacen las planicies y selvas.

Puedo ver los ojos del desierto desde las alturas espesas y tiernas.

Me elevo por encima de las olas, como un compás asincrónico que bebe espuma y metal, y sobre los lienzos de la lejana ciudad, se ven las luces parpadear, como aguijones de tristeza, que supuran en la piel del cielo de azahar.

Aquí ya no te quiero recordar, con tus cabellos exornando mi sonrisa, y con tus brazos señeros dándome lluvia y brisa y con tu cuerpo erguido, vestido de cristal.

Soy una centella, soy una caída, una invisible esquirla, una lágrima de infinito que despega hacia la eternidad…

Yo sé que posiblemente en nuestro lecho todo falló, ya no se veían las luces transfigurarse en el cristalino sol de la mañana, ya no se olía el jazmín en los vértices del motor, estábamos perdiendo altura, lo supe al ver que sus sonrisas eran cada vez más cortas, más breves sus caricias y ese brillo de amor se detenía como señera estela en medio de tormentas de mar.

Era el verano de 1943, yo volvía de Oriente con la senectud de los sueños rotos a mis espaldas, el crepúsculo de los cielos de Pekín se me resistía, el mar estaba ya atestado parcialmente del fuego amigo, de las orlas errantes de los diamantes que pululan en el agua, como avisos ingenuos de una perenne batalla.

Crucé los nimbos, y las pestañas de latitud que me quedaban, las flotas del Sol Naciente habían sembrado de obituarios los corales y mareas de Pearl Harbor hace veinticuatro meses tan solo.

Sé que regresó ya tarde, que el destino no quiso que se revolviera en combate, en esos anhelos que mi corazón jamás comprendería del todo. Volar o morir, era el nombre de su silencio, ese silencio locuaz que lo abarca todo, como una tempestad que sin tregua no amina hasta la mañana siguiente, noticias suyas me llegaron tarde (como siempre) y

sabía sin duda que cuando yo le extrañase en una parte del cielo ella ya estaría en otra parte con sus incendiarios anhelos.

Volar o morir, batir fuego con fuego en una danza sin fin llena de inciertos combates y duelos.